

“Soldados.

“Bien sabéis que he sido con vosotros siempre franco y sincero; sabéis también que os he conducido á los campos del honor por el sendero de la gloria, para que seais el antemural de la justicia y el orden.

“Soldados: Vais á combatir contra los enemigos de la paz pública, para afianzar el poder de la Nación y los principios que ha proclamado. En las fértiles montañas de Orizaba os aguardan los mismos que se llamaron vuestros amigos, y que seducidos, se apartaron de vuestras filas para traicionaros.

“Vosotros habéis sido siempre leales, y habéis llenado vuestros compromisos con valor; ni la pérdida de vuestros fueros y prerrogativas, ni la dura necesidad de pelear con vuestros hermanos del ejército, os han separado de vuestra enseña. Vuestro sufrimiento lo han agotado esos fingidos amigos, y mientras derramaban vuestra sangre en las batallas, ellos se elevaban sobre los cadáveres de vuestros hermanos, robaban sin pudor y formulaban siniestramente una Constitución que la patria ha maldecido porque atacaba los dogmas sagrados de la religión de vuestros padres, las costumbres y los intereses nacionales.

“Compañeros de armas: Vosotros no jurasteis ese Código: habéis hecho bien y haréis mejor en combatir como siempre, con denuedo y bizarría, en defensa de causa tan justa, contando de cierto con la protección del Ser Supremo que reina en el Cielo, y que un día para hacer ostentación de su inmenso poder, dijo á los hijos de Israel: “Yo soy el Señor Dios de los ejércitos.”

“Soldados: El es nuestro Dios, y vuestro General soy yo que empuño el lábaro nacional, la bandera del Ejército:

“Ejército: seguidla con marcial decisión; el camino que os abre es el de la victoria; su huella es la bendecida por todos nuestros compatriotas y compañeros de armas.

“Soldados: Vamos á partir: vais á dejar esta Ciudad; pero sus habitantes, testigos de vuestro entusiasmo, elevan al Todopoderoso fervientes votos por vuestras glorias. La campaña será breve: vuestros hogares quedan bajo la custodia de vuestros compatriotas, que con tanta decisión se han presentado á tomar las armas.

“Pronto volveréis á los brazos de vuestras esposas, hijos y amigos

que os coronarán de laureles como á sus salvadores, tocando únicamente la gloria de llevaros al combate, á vuestro general y amigo.

“*Miguel M. de Echeagaray.*—Puebla, Marzo 3 de 1858.”

En medio de ese hacinamiento de conceptos y palabras que nada tenían de sólido y verdadero y mucho de presuntuosidad y petulancia, sorprende ver á un jefe de tropas, perjuro é hipócrita, que marchaba á la guerra á hacer derramar lágrimas y sangre, invocar á la Divinidad, declarándose General de los ejércitos celestiales, parodiando risiblemente á Mahoma que había dicho en otra época de grande atrazo para la civilización: “*No hay más Dios que Dios, y Mahoma es su Profeta.*”

Llama la atención el mirar la sangre fría, ó más bien, el alarde cínico con que el partido reaccionario se cubre con el manto de una religión parapaliar abusos, escudar crímenes y extorcionar á un país ávido de libertad y progreso; y todavía la admiración y el asombro crecen y llegan á un punto inconcebible, cuando se trae á la memoria que corifeos de esa agrupación tenebrosa han escrito con la sangre de las víctimas, y en muchas partes á la luz del incendio y entre los horrores de la matanza, fechas tan memorables como la que recuerda las crueldades ejercidas en la toma de la fortaleza de San Carlos de Perote, y los fusilamientos de Jalapa, el 11 de Junio, de 58; ambos hechos llevados á cabo por el mismo autor de la proclama que antecede, y el cual, refiriéndose al último suceso, decía en el parte respectivo y con cierta delectación feroz: “al proceder así, cumplo y descanso tranquilo en mi conciencia militar: la sangre de mi hermano el General Manero, hierve todavía en el altar de la Patria, y es necesario *más sangre* para que no se seque la de ese bravo y malogrado militar;” los asesinatos horrendos de Tacubaya, y la hecatombe de Cocula, en cuyo pueblo, como es sabido, el sanguinario Gutiérrez quitó la vida á más de ochocientos hombres, la mayor parte prisioneros pertenecientes á las fuerzas liberales del Sur, que capitaneaba el General D. Diego Alvarez.

Pero hagamos á un lado tan tristes reminiscencias, y continuemos el curso de nuestra narración.

Echeagaray salió de Puebla para la campaña de Oriente el 5 de Marzo: el 7 ocupó la ciudad de Teziutlán, é hizo que ésta secundara el Plan de Tacubaya: un periódico reaccionario consignó la noticia,

de que dicho Jefe adquirió en la referida población dos piezas de artillería y algunos otros elementos de guerra.

Siguió su marcha á la ciudad de Orizaba, punto objetivo de sus desvelos, y pasada la acción de Cruz Blanca, verificada el 29 de Marzo entre sus tropas y las constitucionalistas de Veracruz, atacó y tomó el 17 de Abril, después de una débil resistencia, aquella Plaza que se hallaba defendida por 600 infantes, quedando prisioneros el Comandante de la guarnición, D. Alberto López, 19 oficiales y 200 y tantos hombres de tropa, habiéndose dispersado el resto.<sup>1</sup> La toma de Orizaba trajo consigo el pronunciamiento de Córdoba y el Chiquihuite, por el Plan de Tacubaya. El 26 fué ocupada Jalapa por Echeagaray, y á tiempo que esto sucedía, las fuerzas combinadas de Alatríste y Negrete practicaban los siguientes movimientos:

Dejamos á dichos Jefes, al finalizar el Capítulo III de nuestro relato, en posesión de la Villa de San Juan de los Llanos: de ahí se dirigieron á la ciudad de Chalchicomula, en cuya población entraron sin resistencia, el 24 de Enero, y en la que permanecieron algu-

1 El combate lo dieron, el General Don Carlos Oronoz, con su fuerza, atacando el punto principal del cerro de Santa Catarina, y el de igual clase D. Luciano Prieto, haciendo igual operación sobre el de San Cristóbal; posesiones que abandonaron los liberales, después de una débil resistencia, arrojándose en seguida á la barranca y parte escabrosa del punto.

Antes de empezar las operaciones sobre Orizaba, Echeagaray se dirigió á Gutiérrez Zamora proponiéndole sus *buenos oficios* para con el Gobierno reaccionario, y entrar en *convenios honrosos* que dieran por término la sumisión y reconocimiento por parte de las fuerzas y autoridades de Veracruz, al Gobierno tacubayista.

Gutiérrez Zamora contestó con energía y altiva dignidad esa nota, diciendo al concluir la suya.

.....“Aquí se pelea por la libertad, por los derechos del hombre, porque la Nación no sea el juguete de la parte corrompida del clero, ni la granjería de unos cuantos ambiciosos que nos vendan, y nos hagan esclavos.....”

.....“La guerra tiene sus azares, y no es el que ha favorecido á vd. el día 17 ni ninguno otro, el que nos hará desmayar. Sirva á vd. esto de gobierno para evitar pláticas, pues sólo me prestaré á ellas cuando vd. quiera volver sobre sus pasos y desconozca á lo que hoy llama Gobierno.....”

Pronunciado Veracruz por el Plan de Tacubaya, el 30 de Diciembre de 1857 volvió al orden constitucional; y el referido Gobernador Gutiérrez Zamora, al participar este último suceso al General D. Ignacio de la Llave, le decía entre otras cosas:

.....“El amor á la libertad, el temor de que esta santa causa peligrara si nos desuníamos del Exmo. Sr. D. Ignacio Comonfort, en momentos en que se creía un próximo pronunciamiento en favor del restablecimiento de la tiranía, fué el móvil del sacrificio que la liberal guarnición de esta plaza y el que suscribe, hicieron á mediados de este mes.....”

nos días, organizando tropas, allegando recursos y dictando medidas eficaces para el mejor éxito de las operaciones militares.

En dicha ciudad de Chalchicomula se incorporó á la Brigada de Puebla, el Batallón Guardia Nacional de Teziutlán.

Esta población tan bella cuanto simpática, abundaba en elementos para hacer la guerra al partido de los “Fueros:” su vecindario altamente liberal y progresista, tenía dadas señaladas pruebas de su adhesión á los principios constitucionales, habiendo formado sus hijos, más de una vez, en las filas de los defensores de la “Carta Magna” de 57.

El Gobernador Alatríste se estableció ahí; y durante una gran parte de esa “Guerra de tres años,” se mantuvo en ella, aprovechando los cuantiosos recursos en que abunda, especialmente pecuniarios, y que mucho sirvieron para auxiliar á las fuerzas liberales del rumbo, que con ligeras interrupciones la mantuvieron siempre en su poder.

Además, en esa época memorable de la “Reforma,” fué un punto estratégico para las combinaciones militares de esa parte importante del Estado de Puebla: su proximidad al de Veracruz, la hacía más interesante, pues por su territorio, en que tuvieron verificativo importantes hechos de armas, como tendremos la satisfacción de reseñarlos llegada la vez, iban y venían convoyes de armas y víveres para las tropas constitucionalistas, transitaban muchas de estas por él, y no pocos personajes que se dirigían á la ciudad heroica á conferenciar con el Presidente legítimo, ó que acudían á su llamado.

Su Guardia Nacional, en alta fuerza, se incorporó, como llevamos dicho, al Gobernador Alatríste: mandábala como Coronel, el ciudadano Mariano E. Ramos, como segundo, el rico propietario D. José María Naveda, y como Mayor, D. Ignacio López.

En el acto de la incorporación, ó más bien, por motivo de ella, fué expedida la siguiente proclama:

“*EL C. LIC. MIGUEL CASTULO DE ALATRISTE, Gobernador constitucional del Estado de Puebla, á los guardias nacionales de Teziutlán.*”

“Hijos de Teziutlán:

“A vosotros cupo la feliz suerte de no ser víctimas del engaño, de la maldad y de la perfidia, con que la reacción orgullosa, pero

sin brillo y sin nobleza, se ha venido á sentar en la Capital del Estado.

“Tenéis la gloria de no haber cedido al temor que vence á los cobardes, ni al mandato de un Gobierno ilegítimo é intruso para que secundaseis el Plan de Tacubaya, ese aborto inicuo del retroceso y expresión elocuente de la tiranía.

“Serenos ante el deber, obedientes al llamado de la autoridad legal, habéis demostrado con vuestra conducta ejemplar y vuestro valor y patriotismo, que sois dignos descendientes de Hidalgo y de Morelos, y que en vosotros tiene la patria defensores abnegados de su honra que sabrán sacrificarse por la libertad, y por el triunfo y consolidación de la instituciones democráticas.

“Yo estaré al frente de vosotros desafiando los peligros del campo de batalla; y ya sea que nos persiga el infortunio ó vea brillar en vuestras frentes el laurel de la victoria, me oiréis clamar con entusiasmo:

“Valientes: viva la libertad:

“Viva la Constitución de 57:

“Viva Teziutlán.

“Enero de 1858.—*Miguel Cástulo de Alatríste.*”

A fin del mes citado (Enero), Alatríste salió para Orizaba al frente de sus fuerzas que ascendían á mil seiscientos hombres, todos de Guardia Nacional; y antes de verificar su marcha lanzó un Manifiesto valiente y patriótico, como todos los de su clase, y que expidió durante aquella época aciaga:

Acompañábalo la Brigada Negrete.

En Orizaba permaneció algunos días; y á consecuencia de pequeñas diferencias que surgieron entre él y alguno de los Jefes constitucionalistas de Veracruz, abandonó dicha población el 22 de Febrero, dirigiéndose á Tehuacán, en donde encontró al entonces Coronel D. Ignacio Mejía, quien á la cabeza del 1º y 2º Cuerpos de Oaxaca, se hallaba allí de tránsito; mas sabedor del ataque de Echeagaray á la primera de las poblaciones referidas, voló en su auxilio en compañía de las tropas oaxaqueñas, aunque inútilmente, pues que la reacción se enseñoreaba ya de esa importante plaza, tomada el 17 de Marzo, según lo llevamos dicho.

Entonces, á marchas forzadas y atravesando la Sierra de Zongo-

lica, se dirigió con sus valientes soldados á la ciudad heroica, á fin de ponerla á cubierto de una sorpresa, pues se aseguró que Echeagaray victorioso, marchaba á atacarla, ejecutando un atrevido golpe de mano: los sucesos posteriores desmintieron esos tan funestos pronósticos, tocando al caudillo poblano una gran parte en ese buen resultado.

Por el lado del Norte, la lucha seguía sin tregua ni cuartel.

El 2 de Febrero, el Coronel Delgado, (á) “El Gallo Pitagórico,” entró en Zacatlán á la cabeza de unos 200 hombres de caballería, retirándose de ahí después de algunos días, hacia el Sur del Estado.

Las fuerzas reaccionarias del rumbo, especialmente las de Tulancingo, punto principal, Tlaxco y Chignahuapan, puestas en combinación, ejecutaban golpes atrevidos, teniendo en constante alarma á varias poblaciones que reputaban enemigas.

Zacatlán se veía asediado casi diariamente, por los foragidos de Chignahuapan; y su corta guarnición que apenas contaba unos cincuenta hombres, era insuficiente para escarmentarlos; en cuya virtud, los robos, los asesinatos y demás crímenes cometidos por estos sectarios del retroceso, tenían sobrecogidos de terror y espanto á los honrados y pacíficos moradores de aquellas hermosas y fértiles comarcas.

Después de tan continuados combates, en uno de los cuales, verificado á mediados de Marzo, pereció el cabecilla enemigo, José María León (á) Ilamapa, el Jefe de la fuerza de Zacatlán, Coronel Dimas López, resolvió abandonar la plaza, lo que verificó la mañana del 7 de Abril, dirigiéndose con su escasa tropa á Huauchinango, población también de la Sierra y distante diez leguas.

Apenas llegado allí, supo que el enemigo en crecido número y mandado por el Jefe tacubayista D. José María Arenas, salía en su busca, procedente de Tulancingo: el Jefe liberal se retiró al pueblo de Jicotepec que se halla á unas cinco leguas de distancia.

El combate no se hizo esperar.

El 17 del mismo Abril, una fuerza reaccionaria de infantería, en columna de ataque, se dejó ver á la orilla de la población, llevando á su vanguardia otra de caballería de Chignahuapan, á las órdenes de Adrián Islas: la tropa constitucionalista, en número de 100 hombres,

le salió al encuentro, mandada por los capitanes CC. Juan Arroyo y Loreto Gutiérrez, situándose en un paraje llamado "La Laguna," y dejando un piquete de soldados ocupando el Templo Parroquial y otros edificios de la población.

Cerca de las 11 del día, la avanzada liberal, á cuyo frente se hallaban el pundonoroso Comandante Antonio Galeote y su segundo Domingo Fernández, se batía en retirada, incorporándose desde luego á la infantería.

El fuego se rompió en el acto; y al poco tiempo de empezada la lucha, el Capitán Gutiérrez, obedeciendo á algo que no ha podido ser explicado de una manera satisfactoria, dió con una corneta que portaba, el toque de *dispersión*, que produjo instantáneamente sus funestos resultados: la tropa echó á huir en un desconcierto espantoso, y la fuerza asaltante de caballería empezó una persecución feroz, matando en su *triumfal* carrera, á cuantos desgraciados encontró á su paso.

Allí perecieron entre otros (cuyos nombres no recordamos), los oficiales Gabino Morales, Severino Barrios y Francisco Ponce; el sargento Teodoro Alvarez, el cabo José de la Luz Olarte y muchos soldados, quedando prisioneros el teniente Diego Hernández y como treinta individuos de tropa entre los que se hallaron los jóvenes Faustino González y Antonio Barrios, éste gravemente herido, quienes llenos de entusiasmo por la causa liberal se agregaron voluntariamente en Zacatlán á las filas de ésta. El Jefe enemigo asentó en el parte oficial que rindió, que la fuerza constitucionalista se defendió con denuedo, habiéndole hecho 13 muertos, 5 heridos y más de 20 prisioneros.

Hubo episodios heroicos que caracterizan gráficamente la índole y temple de los bandos contendientes, notándose en los vencidos el valor siniestro para morir dignamente ante sus verdugos, y en éstos el encono y la zaña para consumir esa su obra malévolá, rodeándola de circunstancias altamente reprobadas por la civilización.

Entre los prisioneros heridos se encontró el Jefe D. Juan Hernández, el cual, posesionado de una pequeña casa se defendió con decisión y valor, hasta caer moribundo víctima de once heridas mortales: ese ciudadano, escapado como por milagro de una muerte casi segura, estuvo preso en Tulancingo bastante tiempo; y una vez

puesto en libertad, continuó prestando sus servicios á la causa del progreso hasta el término de esa Guerra, y después, en la de Intervención y Gobierno del llamado Imperio; y hoy que la República triunfante se ostenta orgullosa á la sombra de la Paz, alcanzada en virtud de tantos sacrificios, Hernández, ese servidor abnegado, ese anciano modelo que coadyuvó á tan buen resultado derramando su sangre y peleando sin descanso en pro de la buena causa, agobiado por los años y la miseria, se presenta triste y achacoso por las calles de la ciudad angélica, sin que las autoridades liberales, por cuyo triunfo combatió durante los mejores años de su vida, le tiendan una mano generosa que lo libre del hambre y lo conduzca benévola al sepulcro que se abre ya bajo sus pies.....

El Jefe liberal, ciudadano Dimas López, el abnegado patriota y constante y bizarro defensor de la Constitución de 57, y á quien más adelante tendremos el honor de dar á conocer á nuestros lectores, pudo ponerse en salvo en compañía de los Sres. Vicente y Miguel Márquez Galindo, ardientes constitucionalistas del rumbo, que pelearon como buenos en el ataque que estamos describiendo.

Las fuerzas triunfadoras volvieron á los puntos de donde habían salido, y la guerra siguió con renovado ardor.

Zacatlán, ínerme y abandonado, era succulento pasto para las aves de rapiña ó sea las chusmas de Chignahuapan: visitado casi diariamente por tan terribles alimañas, su vecindario era víctima de las extorsiones y crímenes odiosos perpetrados por esa turba desenfrenada que hallaba una brutal complacencia en practicar el mal; y de esa manera, asaz peligrosa y aciaga, pasó algún tiempo, hasta que, por orden del Gobierno reaccionario fué ocupado definitivamente á principios de Mayo, señalándose ese acto con un hecho criminoso que llenó de espanto á su numeroso vecindario, y que creemos de oportunidad relatar aquí.

Ya hemos dicho que uno de los días de Marzo anterior fué asaltado Zacatlán por fuerzas de Chignahuapan, pereciendo en la lucha el Jefe de ellas, ó sea José María León (á) Ilamapa.

Muerto éste y concluído el combate, un individuo llamado Miguel Pérez que vivía pacíficamente en el barrio de San Pedro, cometió el *gran pecado* de haberse montado en el caballo que llevaba el cabezillo difunto en el acto de perder la existencia; pues bien, al verificar-